

Homilía de Monseñor Lefebvre Fiesta del 8 de diciembre de 1977

TOTA PULCHRA ES MARIA,
ET MACULA ORIGINALIS NON EST IN TE

*Toda hermosa eres, oh María,
y en ti no hay mancha de pecado original*

Con estas palabras que acabamos de cantar, la Iglesia nos propone la creencia en la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Y podríamos preguntarnos por qué Dios quiso conceder un privilegio tan sublime a la Santísima Virgen, a una simple creatura. ¿Habría Dios hecho a María inmaculada en su concepción, preservándola de toda dominación del demonio, sólo en vista a sus propios merecimientos, o para que agradara a Dios de manera singular?

No. Reducir este privilegio a una dimensión puramente personal, y a la simple preservación del pecado original, sería inexacto, y supondría entender mal los designios de la Providencia de Dios; ya que, de hecho, la Inmaculada Concepción se inscribe en la historia de la humanidad como uno de sus hechos más importantes y trascendentales.

1º Las dos familias existentes en la humanidad.

La Iglesia recuerda a los sacerdotes, en las lecciones del Breviario del día de hoy, que el momento en que se anunció al mundo la Inmaculada Concepción, no es en la embajada del Arcángel San Gabriel a la Virgen María, para anunciarle que estaba llena de gracia y había sido elegida para ser la Madre del Salvador; sino en las palabras que el mismo Dios pronunció contra Satanás inmediatamente después del pecado de nuestros primeros padres, al decir a la Serpiente: «*Pondré enemistades entre ti y la Mujer, y entre tu descendencia y la de Ella; Ella te aplastará la cabeza, y tú le morderás en el talón*» (Gen. 3 15).

Ahí, en ese mismo instante, resolvió Dios suscitar a esta criatura admirable que es la Santísima Virgen, y hacerla inmaculada en su concepción: «*Pondré enemistades entre ti, Satanás, que engañaste a Eva y la arrastraste al pecado –y con ella a Adán–, y la Mujer y su descendencia*».

Dios preveía así toda la historia de la humanidad. A partir de ese momento, habría en ella dos familias: la familia de María y la familia de Satanás: «*Entre ti, Satanás, y la Mujer*»: *Inter te et mulierem*. Dios vislumbraba desde entonces, a lo largo de la historia del mundo, a todos los que habían de pertenecer y someterse a Satanás, y seguir sus principios y sugerencias, y a todos los que habían de formar parte de la familia de la Virgen María.

Sin lugar a dudas, al pronunciar las palabras «semen illius» (Gen. 3 15), por «esta descendencia» Dios designaba a Jesucristo, el primer descendiente y el Hijo de la Virgen, en quien nosotros llegaríamos a ser hijos de Dios; pero al ser nosotros los miembros de Jesucristo, el Hijo de María, por El nos inscribimos en la familia de la Virgen María, de la cual debemos formar parte si queremos oponernos a la familia de Satanás y no caer bajo su maléfica influencia.

Por eso, esta fiesta de la Inmaculada Concepción tiene una importancia primordial en la liturgia, en la teología y en la historia de la Iglesia. La Virgen fue inmaculada en su concepción en previsión del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, el cual debía nacer de María. Ella era así la primera persona totalmente exenta del gobierno y del dominio de Satanás, y con Ella comenzaba una familia que no estaría bajo la influencia del demonio.

Nosotros no tenemos, es verdad, este privilegio singular, y nacemos bajo el dominio de Satanás. Pero precisamente por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que la Santísima Virgen María nos transmite en el Bautismo, y por todas las gracias que luego recibimos, podemos conquistar nuestro título de hijos de Dios.

2º Necesidad de las almas consagradas para asegurar y prolongar la familia de María.

Por desgracia, estas dos familias no están aún definitivamente separadas, puesto que se hallan mezcladas durante todo el tiempo de esta vida de prueba. Los miembros de la familia de la Virgen María, y los miembros de la familia de Satanás, viven en las mismas casas, coinciden en los mismos establecimientos, son ciudadanos de los mismos países, se cruzan y encuentran en la calle, hablan y tratan unos con otros.

Entonces, ¿qué hemos de hacer para permanecer en la familia de la Virgen María? ¿Cómo podremos proteger nuestra condición de hijos de Dios en medio de este mundo depravado?

Pues bien, la Iglesia, de la que María es Madre, por voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, para seguir su ejemplo y participar más de su gracia, ha querido siempre, a lo largo de su historia, que hubiera un linaje de sacerdotes, religiosos y religiosas, un linaje peculiar de personas consagradas a Dios, que por su vida, sus promesas, sus compromisos y su fidelidad a la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, mostrara claramente al mundo que hay una familia de la Virgen María. Y ¡qué poderoso y vivo es este linaje! El ha de ser justamente un ejemplo que estimule a los demás fieles cristianos, y que los ayude a mantenerse en su título de hijos de Dios.

¡Qué magnífico, consolador y alentador ha sido siempre, a lo largo de la historia de la Iglesia, ver surgir, siglo tras siglo, legiones de religiosos, religiosas y sacerdotes, consagrándose y dando toda su vida a Dios, y resolviéndose así a manifestar al mundo que querían seguir a Nuestro Señor Jesucristo, llevar con El su Cruz, ser verdaderos hijos de María, y mostrándose como los abanderados en practicar las virtudes de Jesús y de María por la salvación del mundo!

3º El medio para ser linaje peculiar de María: la fidelidad a nuestros compromisos en la Fraternidad.

Y por eso nuestra Fraternidad Sacerdotal San Pío X, a la que Dios ha suscitado en estos tiempos difíciles, quiere y promete pertenecer al linaje de estas familias religiosas.

Queridos amigos, debemos ser fieles a nuestros compromisos, y asumíroslos con todo nuestro corazón y toda nuestra alma, para que esta fuerza y virtud de la gracia que viene de la Santísima Virgen María y de Nuestro Señor Jesucristo, se perpetúe en toda la Iglesia y a lo largo de toda su historia.

Debemos asemejarnos a quienes nos han precedido en estos compromisos de una vida más perfecta, ya se trate de votos para los religiosos y religiosas, ya de compromisos para los sacerdotes, seminaristas y oblatas. No se trata de saber si canónica o teóricamente estamos en un camino más o menos perfecto, sino de saber si por nuestros compromisos queremos seguir a Nuestro Señor Jesucristo, y manifestar todas las virtudes que nos enseñaron Jesús y la Santísima Virgen María.

Esa es nuestra obligación: obligación por el honor de la Iglesia; obligación por la salvación de las almas; obligación para continuar lo que Jesús y María vinieron a traer a este mundo. No tenemos ningún derecho a ser mediocres, ni a escuchar las sirenas de Satanás a la vez que nos afirmamos como miembros de la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X. Debemos estar entera y totalmente consagrados a Dios, y entregados sin reserva a nuestro apostolado. Sólo a este título y con esta condición haremos bien a nuestro alrededor.

4º Engaños con que Satanás intenta pervertir a la familia de María.

Lamentablemente, vemos hoy –sin poder disimularlo– que hombres de Iglesia escuchan a la Serpiente como lo hizo Eva, y se conforman al espíritu de quienes, en vez de alejarse de las palabras falaces del padre de las mentiras, lo siguen escuchando. Y ¿de qué forma lo escuchan? Queridos amigos, creo que podemos resumirlo todo en una sola palabra: el fruto que hoy presenta el diablo a las inteligencias y almas –ese fruto del que Eva dijo: «*Me pareció deleitable, hermoso y bueno*»–, ese fruto es la libertad.

Desde hace dos siglos, Satanás engaña a la humanidad con este fruto de la libertad. ¡Y cuántos católicos, sacerdotes y obispos, se dejan seducir hoy por este ideal de libertad! Ya se trate de libertad religiosa, ya de libertad de conciencia, de pensamiento o de prensa, ¿quiénes se atreven a rechazar estos frutos envene-

nados? ¿Quiénes permanecen en el camino de la obediencia, en el camino de la Verdad? Pues el camino de la Verdad es el camino de la obediencia, de la obediencia a Dios.

La Verdad nos enseña a usar nuestra libertad, poniéndole límites, ya que la libertad no es un absoluto. Así, nosotros hemos elegido guardar la Verdad y usar nuestra libertad para servir a la Verdad, para servir al bien, y no estar al servicio de una libertad que ya no tiene límites, una libertad que no es otra cosa que una licencia, la libertad de pecar, la libertad de hacer lo que se quiere, la libertad de insultar a Dios, de despreciar a Nuestro Señor Jesucristo; pues en eso consiste exactamente la libertad de hoy.

¡Y por obediencia quieren hacernos comer de este fruto! Y por no querer comer de este fruto que se nos ofrece, somos perseguidos, somos considerados infieles a la Iglesia, infieles a la Virgen María, infieles a Nuestro Señor Jesucristo.

Nosotros, en cambio, estamos convencidos de lo contrario. Al rechazar esta libertad engañosa, esta libertad mentirosa que está destruyendo al mundo –no solo en cuanto al alma, sino también en cuanto al cuerpo, por todas las guerras y atrocidades que vivimos cada día, que son los frutos de esta libertad envenenada–, nos mantenemos fieles a Jesús, fieles a María, fieles a la Iglesia, fieles a todo el papado, fieles a la Verdad que se nos ha enseñado.

5º Nuestra resolución ante las sirenas de la libertad.

Por eso, al renovar nuestros compromisos dentro de unos instantes, hagámoslo con la conciencia de que queremos ser obedientes a Jesús, a María, a su ley, y de que queremos servir a la Santa Iglesia. Queremos continuar esta obediencia y manifestarla al mundo. Y no tenemos miedo, porque estamos siguiendo a todos los que nos precedieron en esta misma actitud.

Lo que pedimos para la Fraternidad, lo que os pedimos a través de vuestros compromisos, o mediante los votos para los hermanos y las religiosas, es lo que siempre ha pedido la Iglesia: practicar las virtudes de pobreza, castidad y obediencia; estas virtudes que hoy se desprecian, y de las que ya no se quiere hablar. Ustedes las manifestarán tomando la resolución:

- *De ser pobres, de vivir según el espíritu de pobreza, de desprenderse de los bienes de este mundo, de separarse del dinero y de todo lo que el dinero puede proporcionar.*
- *De ser castos y puros como la Virgen María, para que todos los que les vean tengan este deseo de vivir en la pureza, en la castidad, en la entrega a Dios y en la fidelidad a sus santos mandamientos.*
- *De vivir en la verdadera obediencia, y de ser fieles por ella a Jesucristo, a la Santísima Virgen María y a la Santa Iglesia.*